

ELOGIO A LA IRREVERENCIA. SOBRE NOMBRES Y SOBRENOMBRES EN TALTAL¹

*PRAISE TO THE IRREVERENCE.
ABOUT NAMES AND ALIAS IN TALTAL*

SERGIO PRENAFETA

Evoco a Taltal en lo que siempre ha sido su riqueza: la gente de todas las generaciones. Allí donde afortunadamente todos nos conocemos, no tanto por el nombre y apellido con que fuimos inscritos y bautizados, sino por el apodo, por ese sobrenombre o remoquete cariñoso y lleno de ingenio que llega a tener más fuerza y validez que la misma cédula de identidad.

Vayamos a la historia. Cuenta Marcos en su evangelio (3, 16) que Cristo le dio a Simón el sobrenombre de Pedro (Piedra), y a Juan, el hermano de Santiago, lo apodó como “Boanerges”, que significa “Hijo del trueno”. Tan antigua es esta costumbre de dejar sin efecto temporal el nombre verdadero para asumir otro más afín con las características destacadas de la persona, que no debe de extrañarnos su permanencia como una costumbre afincada en el tiempo.

Hablar de apodos no tiene por qué destruirnos la autoestima, menoscabar nuestra imagen ni menos hacernos acreedores a una ofensa intencionada. Figuras respetables de nuestro país son recordadas hoy por el “mote” que la gente les colocó: Carlos Ibáñez del Campo, dos veces Presidente de la República, fue conocido y caricaturizado como “El Caballo”, y Arturo Alessandri Palma, también dos veces primer mandatario ganó elecciones con el apelativo de “León de Tarapacá”. Su hijo Jorge Alessandri Rodríguez, austero Presidente de la República entre 1958 y 1964, fue llamado “El Paleta”, en

tanto el candidato presidencial doctor Eduardo Cruz-Coke siempre fue dibujado en diarios y revistas con una vela encendida sobre su cabeza y, por ello, conocido como “El Iluminado”.

A don Pedro Aguirre Cerda se lo conocía como “Don Tinto” y no por ser adicto al vino sino por tener una viña propia en los aldeaños de Santiago. Con otros mandatarios ocurrió lo mismo: Salvador Allende Gossens fue simplemente “El Pije” o “El Chicho”, y a Eduardo Frei Montalva se lo recuerda como “El Narigón” y “Don Lalo”. Los sobrenombres, de esta forma, están en nuestra fibra más íntima de país. Piénsese solamente que el tardío reconocimiento que recibió el prócer don Bernardo O’Higgins por la reticente paternidad de don Ambrosio, le valió el duro apelativo de “El Huacho” en la aristocracia capitalina.

La figura del prócer es recordada con veneración y respeto en la Plaza Prat de Taltal, donde junto a su busto comparte un lugar destacado el de don José Antonio Moreno Palazuelos, ilustre minero benefactor del puerto más conocido como “el manco”, por haber perdido un brazo en una contienda en las cercanías de La Serena. La ciudad, entonces, no está ajena a la historia de los apodos.

Lo cierto es que si de irreverencias se trata, nuestra vida ciudadana está llena de ellas. No es que sea una costumbre particular de los taltalinos, sino que –como se sabe– forma parte de

¹ Ensayo de antropología social de la comunidad costera de Taltal, II Región, Chile, mediante el análisis de cómo se identifican entre sí sus habitantes.
An essay of social anthropology in the coastal community of Taltal, Chile, through to the analysis of how they are identify used nicknames.

la idiosincrasia y picardía criollas: nos reímos sin maldad de alguna característica especial y distintiva de los amigos, vecinos, maestros, autoridades. Es la forma de nuestro encuentro con las raíces de la cultura común.

Quien ignore esta forma natural de identificar a sus vecinos, quedará sin saber lo que se está hablando cuando escuche en Taltal breves diálogos como estos:

–¿Y qué fue de la *Pan de Leche*?

–Formó familia hace mucho tiempo con *Mano Chica*...

O este otro comentario junto al muelle de pescadores:

–A *Cristo* no lo volví a ver nunca más.

–Aquí solo quedó el *Cunino*. *Cañote*, el *Chato* y la *Chile* están en Antofa...

Y el recuerdo para un vendedor de pescado que ya falleció:

–¿Qué pasó con el *María Teresa* que ya no se le ve por la calle?

–A Eugenio se lo llevó “la pelada”. Se encontraron en la Calle Nueva.

Y hay más:

¿Cuántos son *los machos* Díaz Cortés?

–Hay que contarlos: El Pelusa, Camote (Guillermo, taxista), la Gringa, la Chata. Quiscote (Walter), el Palo, el Pollo, el Chula (Jorge), el Rubio y Chumipapa.

¿Quiénes son estos enigmáticos personajes? Tienen, por cierto, nombres y apellidos que se fueron desgastando con el tiempo para dar validez al apodo público.

Nadie puede negar que en Taltal se ha mantenido un zoológico privilegiado, que se fue renovando conforme fue pasando el tiempo y las generaciones. Allí convivieron pacíficamente el “Mono Aguilar” (Ángel Aguilar Pineda, ecuatoriano); los “hijos de la mona”; el mono Iturra (boxeador, exauxiliar de tierra de LAN) y el “monito” René Cordero Cordero. El advenimiento de la ingeniería genética no tardó en poner de moda a un “Mono Cordero” una novedad imposible de encontrar en otras

latitudes. En el mismo prado ramonearon el “burro”, profesor Carlos Labarca Meza; Alfonso “guata de burro” González; el “León” Julio Villalobos y más tarde “los leones” Alcayaga; el “Tigre” Luis Godoy Barrera y su hijo “pollo” Godoy Muñoz; Walter “Caballito” Herrera, el “Caballo bayo” Álvarez y los “pate’ perros” Muñoz Cuevas.

En ámbitos distintos estaban el fotógrafo Renán “Pingüino” Cárdenas; los “pingüinos” Cortés y la “Gallina con zapatos”, solterona dama de la administración pública. Pero también toda la familia de los “Patatas de Oso” Alarcón; los “Machos” de distintos barrios (¿por qué tanto machismo en Taltal?), comenzando por los de la familia Castillo y su vieja carreta. El “mono” Américo Díaz dirigió la orquesta típica de los años 50 junto a su hermana Elsa; la “Pata” Chacc tejó en su máquina hasta que se aburrió, mientras las patas chicas crecían imponentes.

En corrales separados crecieron “Pericote” Rojas, la “Burra” de la Caleta, el “Ratón” Pérez, el “ratón blanco” Geraldo, el “Sapo” Arturo Mardones Segura, el “Chancho con Corbata”; “Pichona” Osvaldo Chávez Alucema, buen futbolista y auxiliar del Liceo; el “Pato Terrible” Lionel Cuadra; “Colita de Pato” Farfán (que al final de cuentas no era Farfán, como ocurre con muchos apellidos del puerto); el viejo “Toro Mocho”; el profesor Guillermo “Tunina” Vargas Dorador, Edwin “Caballo” Torres y doña “Rosa de los Perros” Ferreira, adelantada ecologista y amante de cuanto quiltro hubo en la ciudad.

En la Caleta ronroneaba el “Gato” Godoy, mientras todos los Gallitos ignoraban los apodos por la identidad que les brindaba su apellido paterno: Gallo. Pero también estuvieron Humberto “Mariposa” Pizarro, que conoció abrupto término de su vida por un arma asesina; el cargador “Toro Tigre”, el guatón “Garuma” Guillermo Guerrero, el combativo y ultraconservador “Gato Seco” Andrés Garday, hermano del “Sapo” Mauricio, bodeguero del muelle Cordero. Los Garday tienen como ancestro al ingeniero francés Louis Chardayre que llegó a Chile en 1884 contratado por la Escuela de Artes y Oficios, solo que su apellido fue modificado más tarde por la escritura

y pronunciación criolla, en la forma como se conoce a esta familia hoy.

Pero la extensa fauna no se extingue. Gozan de buena salud Rubén Darío “Chancho” Ramos, exfuncionario de Enami y luego comerciante, y el cuentista y cocinero Raúl “Chancho” Cortés Ardiles, que luego de agotar el menú nortino y luego casar y separar a su regalado gusto a los habitantes de Catalina, donde fue Oficial Civil, emigró a Puerto Montt a diplomarse en curantos, chapaleles y milcaos. El “Gato” Chelmes repartió telegramas, en tanto el “Carnero Mocosó” Pinto, uno de los hijos de Aparicio y sobrino del “Nene”, rey del bataclán y del pescado frito en los barrios altos de la noche taltalina, desapareció de las pistas para siempre. Completan este zoológico el “Pollo” Gresch y su trompeta; los “pingüinos” Santibáñez; Manuel “Caturro” Molina Pizarro; “Carretilla de Pollo” Juan Flores; el “guajacho” Jacinto Ortiz; el “Dálmata” Reinaldo Céspedes Rebolledo que volvió al terruño cargado de sombras y luces luego de larga incursión en Australia, y “Palomita” Salinas, cotidiano informante del puerto, que tiene canción propia y lo que no ha visto lo inventa (“Quién se fue con quién a Tierra del Moro...”). Paloma es hijo de la “Gallina negra”.

Hay apodos maledicentes, burlescos y afectivos. Los adjetivos aparecen a veces solemnes, otros de culto a la personalidad, como “El Tiburón” Pedro Valencia Durán, el “Matasiete” Ernesto López, o el músico “Mejoral para niños”. Mención aparte merece “El Buitre”, Rafael Donoso, dueño de “La Lorita”, única góndola que hacía el viaje entre Taltal y Antofagasta por polvorientos caminos del desierto. Debido al largo trayecto y a la monotonía del paisaje, acostumbraba a detenerse en medio de la pampa con una orden perentoria: “Aquí paramos. Se bajan todos a mear”. Para brindarle solemnidad a su decisión, exigía que las mujeres fueran hacia adelante del vehículo, en tanto los hombres quedaban relegados a la parte posterior, cuidando que la intensidad del viento reinante no les fuera a jugar una mala pasada a nadie.

En un acuario virtual se conservaron otras especies valiosas: Carlos “Pescado Divino” Marambio, papá del “Mico” y que heredó el apodo de su padre, un viejo pescador de gruesas

cejas y en bote a remos. Edmundo “Tomoyo” Zuleta, transportista a tiro de mula en su carreta, poeta popular con larga descendencia caletina, se ganó el apodo por sus abultados labios que dejaban entrever una dentadura como la del apeticido pez de roca. Pero no solo Zuleta fue llamado Tomoyo. Hubo otro tomoyo que diseñó el primitivo escudo de Taltal, el profesor Nicolás Santana Salas, y uno de la antigua alcurnia ferroviaria que hoy ejerce el comercio “a costa” de un minimarket. Otro Santana, don Alfredo, fue acompañado en vida por el apelativo de “Pejerrey”. Hubo también un “Jurelito huacho” y tuvieron apetitosas historias las pegajosas “Lapa Grande”, la “Lapa Chica” y la “Lapa Negra” Estrella Cordovez, curiosos distingos semánticos entre especies locales.

El “Congrio” (colorado, por cierto, distintivo de Taltal) marcó hasta sus últimos días la identidad de Hernán Ledesma Calivar, en tanto cuatro “Erizos Negros” recibieron ese apelativo mientras eran alumnos del primer curso del Liceo Fiscal: Mario “Maucho” Vega Plaza, Alejandro Flores Jara, Luis Solari Arancibia y el suscrito. Pero también, más de media docena de “Locos” llegaron a conformar este ecosistema costero: el sastre cortador Renato Plazaola; Humberto Mathieu Aguilar, Jorge Venicelos, de estirpe helénica y varado en costas changas; Luis Omar “Cocho” Villalobos Lemus, dueño del único cóndor que se asoma día y noche en su vieja residencia, y que en realidad no es cóndor sino la cabeza de una hermosa águila que algún día fue mascarón de proa de algún velero. Recuerdos también para el loco Juan Aguirre, el “Kiko” Enrique López, que en su desvarío trepó por los cerros con una acordeón al hombro; el “loco Cachech” Sergio Lorca y el querido vate del pueblo Horacio Valderrama Barrios, de refinado verso, entre tantos otros.

“El “Paisano” Quintana siempre estaba atento para zambullirse a resuello para recoger desde el fondo del mar toda suerte de tesoros y para salvar vidas, como la del candidato del Frente Popular y piloto civil Jorge Beeche Caldera, que se vino abajo en su frágil avión de lona (23/2/1937) justamente donde revienta la ola frente a la actual hostería. Desde allí lo rescató Quintana bastante magullado pero en condiciones de

ser electo diputado. Hablando “en el seno turgente de la confianza”, Quintana fue papá de una extensa prole, entre ellas unas mellizas minifalderas, rellenitas, muy bien dotadas, y de Ramoncito, cantor de la caleta y “autor imparabile de mil boleros originales”, según su propia versión, los que está siempre dispuesto a cantarlos en la medida que el tiempo y la garganta se lo permitan.

Los frutos del país también han tenido en Taltal buena cosecha. El “Té de Burro” lo aportó el malogrado Davicito Caballero, pero también están el “Yuyo” Helio Ledesma, los “Frutilla” Azócar Plaza; don “Pedro Palmera”, también conocido como “Pedro Cachirria”, que incorporó temprana y clandestinamente el servicio de motel en Taltal; Manuel “Cañamito” Orellana, el carpintero Jorge “Coco” Campillay Rojas, el “Níspero”, que se quedaba dormido tocando la batería; el “Tuna” Óscar Rojas; Jorge “Pincha la uva” Morales Varela, hermano de “Patatas cortas”, Fernando Morales; Jorge “Morrón” Alanís Valladares y “Poroto” Greschman, que ponía los mejores tacos y suelas de goma a los zapatos en su residencia particular tras las rejas. Estos y otros productos eran cosechados por “Las Canasto”.

No deja de llamar la atención que las personas que no están advertidas de este despliegue de sobrenombres puedan verse inducidas a cometer más de algún gazapo. Le ocurrió a mi cuñada Radoslava, quien fue hasta la casa de Norman Reyes León para solicitarle a su esposa el arreglo de un vestido. Entonces preguntó por “la señora Chatene”, dando por cierto que si su esposo se llamaba (según ella) “Chatene”, entonces el mismo “apellido” debía llevar su señora. Cuando Rado supo que había cometido un error, le faltaron palabras para disculparse. Norman tuvo a su cargo, durante muchos años, el control del trabajo de los estibadores en los barcos, y siempre fue conocido como Chatene, hermano de Manuel, el “Pipo” o “La Burra Negra” y de Chalupón (Nazmin), todos hijos de la primera camada del “guatón” Alfredo Reyes.

Como se puede ver, el apodo representa una forma de comunicación que equivale a la voz de la galería, que neutraliza la solemnidad ridícula de la escenificación del poder, con ese

chascarro anónimo que baja los humos. Un buen apodo suele tener una certeza fascinante que no humilla ni discrimina y que, a la postre, constituye un feroz dato de cultura. En tal sentido, llamarle “Lipiria” a Pedro Letelier por ser considerado el más flaco entre los flacos, una suerte de radiografía ambulante, fue el esbozo exacto de su condición y la caricatura oficial de sus escasos kilos, provocados seguramente por “indigestiones a repetición que deshidratan y causan calambres”.

Taltal ha sido también riguroso para hacer distinguos de piel, sin por ello pecar de racismo o xenofobia. En un lado se colocó al “Negro Tizón”, el panadero Eleuterio Arancibia; al “Negro” Héctor Carvajal, profesor y eximio dibujante; al “Negro” Carlos Briones, siempre atento para tener en sus escaparates mercaderías novedosas de contrabando; al “Negro Ángel”, minero y pescador famoso por su gran capacidad para fabular con historias fantásticas; al “Negro” Nibaldo Mardones, exconcejal antifagastino e hijo de Taltal; al enamorado “Negro” Matus; al “Negro” Ronnie Torrejón Silva, erector del Liceo de Hombres y también conocido entre sus amigos como “Ronnie Cortés-Monroy” (había llegado para quedarse). Pero también está el bien conservado “Negro Ociel”, Daniel Aguirre, baterista de las orquestas nocturnas del puerto y “Pelé”, Carlos Orellana Zuleta, heredero de dos viejas familias del puerto.

A propósito, los recuerdos alcanzan también para la “Negra Tato”, de nocturnos y alegres pasares en el cabaret de Felipe Gómez, junto a la “Cacoti” Alicia Calabacero y a la “Papa con Brote” y la “Changa Rosa”, en su residencia oficial de “El Piojo”. La “Tato” era hermana de Jorge “Chuchita de cartón”, niño de los mandados y más tarde joven de confianza de las compañeras de la noche del puerto, y que una tarde se despidió de la vida entre pétalos y sollozos entregándose en los brazos del dios Neptuno en los roqueríos del Muelle de Piedra. RIP.

En otro lado y a buen recaudo se ubicaron el “Rubio” Pinto, antiguo ferroviario y librero, papá del “Lalo” Pinto, abogado y el terror de los mineros; el “Rubio Faker” Pizarro, que conservó el apellido de un transeúnte holan-

dés que compró las mejores antigüedades del puerto a precio de huevo, para luego verlas consumir por el fuego en su restaurante en Antofagasta; el “Rubio de la Aguja”, Andrés Santibáñez, deportista, árbitro, entrenador, funcionario del ex-Liceo Industrial y, sobre todo, incansable charlador. Por extensión, su hermana pasó a ser la “Rubia de la Aguja”. El “Rubio” Páez, cantor solitario con su guitarra en las noches de calle Atacama, era uno de los escasos albañiles del pueblo. El viejo Hermógenes “Rubio” Lemus le heredó su apelativo a su hijo Hermógenes Lemus Navarro –Helena–, niño tranquilo y sereno nombrado como “Unga” por su madre.

No obstante, los colorines reclamaron también su lugar con “Cabeza de Cobre” y los Pavletic. Siempre creí que “Cabeza de Cobre”, el único zapatero que usaba una máquina para coser cuero, había salido de un cuento de enanos, gnomos, duendes y elfos que leía con interés en “El Tesoro de la Juventud”. La ilustración del cuento lo pintaba tal cual era: bajo, regordete y con unos lentes que apenas sujetaba en la punta de su nariz. La lista de este arco iris no podría concluir sin enrolar también al “Conejo Blanco” Peña, hijo de Eleuterio “Cachuta” Peña y hermano de Jesús; al “Cholo” Rolando Delgado, panadero de tradición, papá del “Rulo”, y al “Cholo” Juan Salazar, viejo basquetbolista y eterno enamorado de mi querida nana María Sulantay.

Las discapacidades no pasaron inadvertidas en los pagos del “Manco” José Antonio Moreno y que Andrés Sabella immortalizó en su verso (“Por el perdido brazo de Moreno...”). El mote de “Cojo” calló fulminante sobre Dámaso Meza, tinterillo y picapleitos como ningún otro, a tal punto que hacía temblar a jueces y abogados, récord que ahora quiere validar su hijo abogado del mismo nombre. La falta de lubricación de su primitiva prótesis llamaba nuestra curiosidad porque al crujir, anunciaba su presencia de una cuadra a otra. Tampoco escaparon de este digno apelativo el “Cojo” Julio Rojas, laborioso zapatero papá de la “Chiruca”, “Pericote” y la “Lline”, entre otros; el “Cojo” Duilio Lectura y el “Cojo” Raúl Arancibia Hevia, juez de letras que también ofició como profesor de historia

en el Liceo Fiscal y más tarde como ministro de la Corte de Apelaciones de Iquique.

El “Curco” Segovia fue el afinado cantor de “Boga boga marinero, boga boga sin cesar” en las veladas del Centro Católico. Con similares capacidades diferentes recibieron sus apodos el “Chueco” Ernesto Cortés, papá del “Oso” Cortés que emigró a los Estados Unidos; el “Mocho” Carlos Núñez; “Pata de combo” Esbry Oviedo; “Pata de Fierro” Humberto González Salfate, que rompía las pelotas jugando fútbol a pie descalzo; Luis “Mano Chica” Díaz Barros, transportista y bombero; el “Tonto José”, cargador a pata pelada; el “Curquito” Jorge Molina Pizarro, peluquero de los mineros; Jaime “Moca” Geraldo y el “Moca” Hugo Fritis Muñoz, gran cantor de los barrios sin perder ni equivocarse en la letra (Divina Claridad, la la de tus ojos...); el “Sordo” Luis Solari, compañero y amigo de los buenos tiempos, y “Chitoco” Arcos, fallecido a causa de una embolia mientras oficiaba de buzo.

La baja estatura le juega, en todas partes, malos momentos a muchas personas. En Taltal hubo y hay chatos para todos los gustos: el “Chato Pun”, viejo estibador; el “Chato Kelly” Rojas Aguilar; el “Chato Clinca” Luis Cortés Gorigoitia; el “Chato Pili”, Pedro Rojas Calderón, excelente maestro de cocina; el “Chato” Víctor Rojas, profesor de carpintería y hermano del “Loco” Ivar, entre muchos otros, además de varias “chatitas” de feliz recuerdo. El “Chato” Jorge Mardones Bascuñán ejerció su magisterio público como profesor, regidor y dirigente del fútbol, en tanto el “Chato” Gómez trabajó solo del producto de lo privado y pasó bien conservado más a la sombra que a la luz del día.

Al “Zunco Guataca”, pescador en bote a remos con una sola mano y papá de Rafael “Compaye” Vega, destacado profesor, jamás lo abandonó la buena pesca; el “Zunco” Traslaviña fue un exitoso minero que con solo una mano obtenía más mineral que sus congéneres. El “punto de vista” individual también ha tenido ácidos comentaristas que no respetaron la privacidad del “Tuerto” Román, violinista con un loro irreverente atendiendo la frutería de su padre, el “Huaso Román”. Hay recuerdos también para el “tuerto” José Astudillo, y para

Sergio "Ciego" Munizaga, concesionario de la Sociedad Protectora de Empleados, que si bien no veía a sus clientes siempre supo quién le quedaba debiendo.

Con el apodo "Cinco y Seis" se recuerda a un minero de gran estatura que tenía cinco dedos en una mano y seis en la otra y cuya nominación no podía ser más justa. En el otro extremo está "Pistolita" Harry Neumann, transportista que llegó un día a Taltal desde Llanquihue con su mano derecha falta de algunos dedos, simulando un arma portátil. El "Cabezón" Bonilla, el "Chueco" Caldera; el "Ñato" Troncoso" que transportaba a medio pueblo en su camión-góndola y trans Taltal a Antofagasta. El "Ñato Juan" y el "Cojo" Segura integran también esta corte de los milagros. A esta lista habría que agregar al sosegado "Pelado" de la Bomba y al "Cabezón" Raúl René Rojas Reyes, regidor radical, profesor de matemáticas e inspector general del Liceo, que terminó sus días afectado por una grave dolencia en Curicó. Mención especial para don Victoriano "Chato" Quinteros Soto, maestro chilote creador de la Escuela Hogar, y para su camarada "Chato" Ramírez, dirigente ferroviario y exregidor.

El gremio de los pescadores ha sido, sin duda, el más prolijo en colocar apodos, a tal punto que el apellido mismo de cada persona parece perderse. ¿Quién identifica, por ejemplo, al "Guao" como Juan Berríos, y a "Chapaleo" como Mario Belma? A Chapaleo le preguntó su profesor al ingresar a la escuela si sabía nadar, a lo que respondió: "No, yo chapaleo no más". Desde ese día quedó bautizado con su apodo al que más tarde adhirieron sus hijos. Allí, a la orilla de la playa se juntaron un día el "Cabro" Máximo Villaflor, el Viejo "Pituca" Ávalos; el "Bachicha" Abel Vergara y el "Apache" Alfredo Sasmay Jopia, los dos últimos vendedores de pescado por las calles con una pesada vara al hombro; Félix "Luco" Oyarce, el "Chato" Tadeo Cuello, gran tejedor callejero de cordeles, betas y reinales marineros con una rudimentaria máquina junto al "Cojo Pancho"; "Cacharpa" Torres; el "Ciego" Ramón Torres Escobar; Juan "Tocoquirre" Guerrero y los hermanos Muñoz -"Niquitute" y "Veintiocho"-, siendo el primero, Alcides, sacado de una película de los

negros del Mississippi, y el segundo, Alfredo, minicomerciante en lo más alto del puerto. Niquitute y una cuadrilla de jubilados de la Marina Mercante están todos los días, a las 11 AM, sentados en la hermosa plaza taltalina, frente a la parroquia, comentando las novedades de su merecido descanso.

"Calambrilla" Ceferino Jonquera se perdió de los muelles pero quedó el viejo Jorge "Aceite" Pedro Calderón Astudillo, en cuya casa de calle Carrera vivían bajo la custodia de doña Irene Calabacero, el combativo Eugenio "Mondongo de Peso Ochenta" y el borrachín y minero "Poto con Hipo". Solía acompañarlos el "Segua" o "Pitegua" Segundo Vicente López Barrera.

Javier Ávila González, alias "Poto con Hipo", tenía una historia especial. Era compadre con el Presidente Pedro Aguirre Cerda, en su condición de ser el papá de siete hijos varones, los que se olvidaron de él a medida que fue entregándose a los malos mostos a granel. En sus últimos tiempos vivía en una cueva excavada en la "Cancha del guano", donde la gente solía extraer allí el abono para sus huertos. Sin embargo, Javier tuvo siempre respeto por su compadre y a diario brindaba a su salud a pesar que don Pedro hacía años que había fallecido.

El viejo "Tocho", mascador de tabaco y fabulador de sueños y leyendas, prefería trabajar a pie pelado descargando lanchones. Junto al pescante del bote "Cóndor" del muelle Cordero, solían encontrarse el "Ñurdo" Segundo Espinoza (+ 2015); Rogelio "Tululo" Barraza; "Catete"; "Chulenco"; "Cucufato" Orellana, laureado poeta y cantor de la vida de mariscadores y pescadores e hijo del viejo "Cucaracho"; los hermanos "Caifote", el "Chato", la "Chile" y "Cunino", hijos de "Cristo" Rivera, y Pedro "Merele" Martínez Rojas (cuando niño se accidentó y lloraba diciendo algo así como "me rele" por "me duele", lo que fue suficiente para su correspondiente bautizo). Tampoco faltaban a las tertulias el "Chupao" Carlos Alarcón, hermano de Mario, "El Guata".

Un recuerdo especial, junto a la playa, para Ricardo "Toletillo" Soto Pérez, patrón de la Sotileza y vecino de nuestra familia por muchos años (El nombre de la lancha -colocado por

un ejecutivo hispano que regentaba la industria pesquera— recordaba el de la obra del novelista español José María de Pereda, publicada en 1885). En el angosto patio de la casa de Ricardo vi, durante años, cómo de su mano iban naciendo botes y faluchos al calentar la madera en tubos de acero para luego doblarla y darle la forma, y cómo fueron gestándose grandes faluchos como el Colo Colo y el San Vicente, tabla por tabla. Crecí junto a unos diez Soto Ávalos, sin saber que al mayor de ellos, Hugo, le decían “Cara de Chiste”. Guardo de los amigos Ricardo y de su esposa, la querida y abnegada Elsa, mamá prolífica y generosa, un emocionado y agradecido recuerdo.

El “Chile” Rodolfo Pizarro combinó su trabajo en las faenas marítimas con el básquetbol, hasta que el corazón le pidió un zurcido de refuerzo y las luces del día comenzaron a apagarse en sus ojos. Eran los tiempos de los clubes “Orión”, “Excursionista”, “Hoschild” y “Pacífico”. Don Eduardo “Dramaturgo” Pizarro trabajó en el Hospital pero explotó sus buenas dotes de fogoso orador y poeta en las asambleas radicales. Y otros Pizarro, “Los Cariñositos” de calle Atacama, produjeron las mejores lechugas del puerto. El “Pije” Silva andaba siempre impecable con una flor en el ojal, y Roberto “Rasputín” Perucci Ocampo, ha sido el gran enamorado: del mar, por supuesto, y un buscador de flechas y pinturas rupestres.

A un costado del muelle Cordero tenía su cocinería Inés Gutiérrez, alias “la Pimienta”, esforzada mujer que preparaba un rico pescado frito a toda hora. Con su afinado vocabulario se anticipó en varios años al repertorio de garabatos que ofrece hoy la televisión chilena. Hasta allí llegaba también el “Pipe”; Segundo “Copucha” Cuello, Óscar “Cascarote” Saavedra, Benigno “Ramplata” Santander; los tranquilos hermanos “Chiricaco” (Pedro) y “Perico” Alarcón; el “Pomo” Manuel Cuello; el “Cojo Molina”, “Retumbo”, “Oporto”, “Costura” Caballero, “Cuyuca” Luis Cepeda; Juvenal “Chipepe” Henríquez, el “Nino” Villagrán y “Mocoso Carnera”, Juan Guerrero, hermano de Pinocho. Cuando su club Cobreloa se lo permitía, también llegaba a probar el rico pescado “Papa Frita” Alarcón, hijo del ya citado Mario. En el fútbol profesional también brilló

el “Chimba” Hugo Henríquez Chávez y Juan José Carvajal Meza, dándole efímeras glorias al puerto.

Le sonaba extraño al visitante de Taltal escuchar que el alimento que uno buscaba para el almuerzo podía ir a comprarlo donde “Limonos de Oro” Caballero; donde Aníbal “Chagual” Araya, o pedírselo a “Lágrimas Negras”, a “Pincha la uva” Jorge Morales Varela o a “Terrón de Amor”, Eduardo Ramón Araya Alcayaga. Por otra parte, el ingenio colectivo nunca hizo diferencias de género, y con todo respeto recordamos a la “Pan de Leche” Gladis Soto, con su pasito corto como pisando huevos; a la “Barbie” Silvia Neira en la que el tiempo parece haber quedado detenido; a la “Minoca” Rojas, o la piadosa y célibe “Pastilla” Cruz, cuñada de Mario “Huachipato” Briceño.

“La Huesillera” Berta Tobar, la “Huasa Amanda” así como la “Angelina Pituca” tienen historias sabrosas que omitiremos en este relato. “La Voz del Pueblo”, ya en silencio editorial, fue reivindicada por María Marambio Domínguez, en tanto “María Cansada”, menos conocida como María Ester Díaz Rojas, acompañante por años del matrimonio formado por don Agustín “Cucho” Quiroga y señora, y luego de “Cabeza de Tarro” Ramberto Bravo y de Wenceslao Mondaca (a) “don Wenche”, llamó siempre la atención por su parsimonia y mesura en el andar. Hubo también otras damas de feliz memoria como la “Pecho de Palo” y la “Calzones de Lata”, moradoras del antiguo Ferrocarril y de la Caleta, respectivamente. Académica de la lengua fue sin duda “La Chancaca”, morena brava de la estirpe del “chato” Doroteo Donoso.

No nos olvidamos de la siempre glamorosa “Picha” Llanos, compañera de Augusto “Borrado” Perucci; de “doña Lolito”, trabajadora anciana que llevaba comida en ollas a los barcos para atender a los jornaleros y estibadores, pero que también veía la suerte; de la “Madre de los Buques”; de la “Violeta Fragancia”, que nunca perdió un baile en festivales y beneficios; de la “Mocha Elvira”; de las simpáticas “Cuchara”, herederas como sus hermanos del apelativo que perteneció a su padre; de “las Piti Poti” Marín Godoy y sus ricos helados de canela en el “Capri” —hoy

desaparecidas– y de la siempre recordada Celia “Poto Loco”, taltalina con mucho donaire. Celia era hermana de Alfonso “Picota” Donaire, comandante de los bomberos quien –se cuenta– pedía “mantener el fuego” mientras él llegaba al sitio de los siniestros.

Lejos del terruño y en las noches pesarasas del otoño de nuestras vidas, comenzamos a echar de menos a Taltal. Sentimos en silencio el ruidoso gríu de esas aves marinas conocidas como “monjitas”, con sus ojos adornados con curiosos aretes morando en su residencia de los lanchones, y a sus compañeras las gaviotas garumas anunciando con alarde una varazón de sardinas, y tras ellas a las jibias impetuosas al perder el compás de su navegar para ir a estrellarse entre las piedras y la arena.

Son esas vivencias las que nos llevan a caminar con emoción por las calles del puerto para saludar –en ausencia o presencia– al nonagenario (95) Alfredo “Chirulo” Perucci Giacaglia, de teatral estirpe; a Alberto “Pitique” Cordero en su oficina de Impuestos Internos; al “Cocha” Luis Carrasco, aguerrido basquetbolista en la puerta de su Escuela 2; a Lorenzo “Chaplin bombero” Olivares arreglando cables y a Juanito “Cuñadito” en el camión de la basura. En el foyer del Teatro Alhambra aparece Humberto “Cotorieta” Malbrán, peleando con unos niños que intentan sacar las fotografías del cartel que anuncia la próxima película.

“Pichuco” Retamal y “Bigote de Palo” Escobar conversan entretenidos mientras Leonidas “Pestaña” Alvarado y Pastor Cerezo “componen y soban” huesos y manos enfermas. “Pistón Arenas” y el “Foti” Flores Torrejón se entretienen contando historias prohibidas para los niños, y en la Plaza Prat, “Tarro con Piedras”, con un bastón de luma en su mano, vigila que nadie haga destrozos en los jardines, donde reposan “Los Cachela” Soublette, “El Sobrado” José Sepúlveda Hidalgo (que heredó el apodo de su hermano Eduardo) y “El Caleta” Raúl Olivares López. A lo lejos se divisa el “Chico Roger o Cri Cri”, Rogelio Ossandón Barros, también conocido como Carlitos Menem, platicando con una joven de la Carpa Azul de Videla Carvallo, recién llegada a Taltal.

“Cachuno” y “don Tranqui” (Tranquilino Vásquez) tratan de subir al bote a algunos comerciantes para llevarlos al Maullín anclado en la bahía, en medio de una braveza imponente. ¿Qué será del valiente salvavidas Humberto “Cazamoscas” Cáceres, que se atrevía a meterse contra las olas agitadas? Se lo pregunté un día a los hermanos “Marfil” y al “Teco” Gretschan que lanzaban al arco en la cancha de básquetbol junto al “Viejo” Beltrán Bravo, hermano de “Pirincho”, y a Willie “Pito Ochenta” González Guerra, hijo del Quimba, dueño de los billares. No hubo respuestas.

Don Ernesto González Banda, el viejo “Quimba”, había inscrito en la muralla de su salón de billares una sabia leyenda: “Antes de jugar billa o billar, primero su bolsillo debe consultar”. Con ello era imposible que los usuarios olvidaran pagar por anticipado el juego en las mesas. Y además, otra leyenda exigía en forma perentoria: “Prohibido el Massé”, esto es intentar pegarle desde arriba a la bola con el riesgo –siempre frecuente– de pifiar el paño. Willie era el encargado de cobrar un peso ochenta por el uso de cada mesa, lo que redujo al lenguaje coloquial a “pito ochenta”, su apodo para toda la vida.

Hubo apodos temporales asumidos por personas que estuvieron solo algunos años en Taltal. “La Ruina” fue uno de ellos, sin embargo nadie se lo colocó sino él. Era un radiotelegrafista de la oficina de LAN, quien repetía tal epíteto cuando bebía algunas copas de más. Nadie supo las razones de tan drástica autocaricatura. En cambio, al funcionario del Banco del Estado Sergio Vergara, amistoso jugador del club Caleta, le fue regalado el sobrenombre de “Naranja”, refrescante apelativo acorde con su personalidad, y a Carlos Aldunate, compañero del mismo banco y vinculado a la familia de doña Juana Bobadilla, sus congéneres lo conocían como “Fatiga”. Razones habría. Colega de Naranja Vergara en el club Caleta fue Lionel “Duro” Beltrán.

No se termina la lista porque desde la oscuridad aparecen “El Susto”; el cargador “Shirley Temple” con su cabellera disparada esperando un “cancho” con su saco en el hombro, para luego pegarse “un tincanque” de vino tinto donde Roque Matas; el “Chueco” Arenas algo

dormido por su reciente borrachera; "Pelusa" Martínez, excelente chofer pero incorregible adicto al vino; "Bola de Cocho" Fuentes, en cambio, condujo camiones y no se quedaba dormido.

"Espanta la Virgen" y Oscar "Tate en Juicio" Contreras, pasan camino de la Escuela Hogar, mientras "Ten Dollars" Pinto es amonestado por un carabinero por hacer la cimarra ("hacer la chancha" era el apelativo usado) y no asistir a la Escuela 1, donde lo esperaba con rostro adusto su director, el señor Guerra. *Ten dollars* era la tarifa que Pinto cobraba a los tripulantes de los barcos extranjeros que llegaban hasta el muelle fiscal, para conducirlos luego al prostíbulo de Benita Arancibia.

En un recodo de la plaza, Humberto "Cabeza Bruta" Marín dictaba cátedra a Ernesto "Mandinga" Vásquez Cielo y al mayor de los "Chinco Pechos" Álvarez Vega. Entretanto, los tres "Picocos" Cortés disparaban cada uno para su lado, siendo imposible entender lo que decía el mayor. Juanito "Drácula" Cortés observaba desde la ex-Gerencia del Ferrocarril sin el menor deseo de moverse de allí: alegaba que esa fue una herencia recibida de su "padrino" el abogado Carlos Sobarzo. Carlos "Nariz con Pelo" Prado Fernández, bastante esmirriado por los años, contaba viejas historias de Paposo y de su padre, don Celedonio, cónsul de Bolivia en Valparaíso.

A la hora de la función del Teatro Alhambra, Firpo vendía turrone machacados con un pequeño martillo. A su lado se ubicaban los "Chicha de Piña" Cortés, que bajaban desde la calle Jorge Montt con su carrito alumbrado con una lámpara de carburo. Mientras, esperaban el llamado para entrar a la función el viejo Miguel "Guatón Canción" Peña y sus hijos "Malaco", "Cheo" y el "Chani"; el "Bolaco" Abraham Muñoz, Mario "Adonis" Tapia, el "Cotoño" Carlos Aguirre; "Cantarín" Neftalí Barrios y el "Choreque" Millán Morgado Alucema. "Carreta" Carmona esperaba en la escala de la galería para que el portero Reyes lo dejara pasar gratis.

Lito "Macarof" Contreras, José "Pocillos Finos" Romero, el "Tani" Carlos Ávalos, su compañero en Correos el rubio Mario "Chapatute" Beltrán y

Carlos "Caifás" Vergara, preferían jugar dominó y cacho en la Protectora. El "Gringo" Rojas, el "Chango" Bahamondes y el "Chute" Humberto Díaz Ardiles discutían acerca de mensuras y pertenencias mineras con "la Petrocelli", bastante cuarteada por el sol del desierto, mientras asumía el papel de abogada-minera de los pobres. Con la oreja puesta en esta conversación estaba "Tribilín", tratando de ver si había algún pedimento minero al que oponerse.

A la salida de la Escuela Industrial, "Juan de la Cambucha" Álvarez, el "Flaco" Mario Correa Mondaca y el "Chueco" Isidoro Carozzi planeaban cómo sería la próxima revista de gimnasia (de aquellas memorables que ya no volverán). Por su parte, el "Chato" Doroteo ("el que la sigue la consigue"), Jaime "Cherete" González y "Papito Me Ahogo" de la Barrera, hijo de doña "Fifi", se veían algo confundidos al no entender bien el recado que les daba "Mariote" Saavedra, que leía los telegramas antes de entregarlos a sus destinatarios, situación que salvaba su colega Gilberto "Cachicola" Sandoval. Guillermo "Chiu Chiu" Flores miraba con nostalgia desde la plaza a las oficinas de su antigua casa, el Banco del Estado, mientras el "Carabina" Gustavo Vallejos Bravo, "Mocosita" Ángel Gómez y "Canano" Hugo Enríquez comentaban las aventuras de "Pirindingo" Miguel Salinas y los entredichos del "Peladilla" Ricardo Bravo Chacc.

El "Charro Negro" Jorge Cepeda Oyanadel, su hermano "Carmelo", menos conocido por su verdadero nombre de Armando, junto a Eduardo "Pirincho" Pool Baker, ahogaban sus penas y la sequía de sus gargantas en el Club Radical, donde se encontraron con el "China" Alberto Chávez Alucema y el "Hijo de la Mona", mientras Malefante (ese era su apellido, no su apodo) tocaba un viejo piano para entretener a los clientes. El paco Pedro "Pomarola" López, estaba de punto fijo cuando el "Turco" Llamil Nara y Demetrio "Cato" Arévalo Fritis lo tentaban para probar un tinto "Santa Ema" reservado.

"Panchito de los Dioses" bajaba, por la calle Torreblanca desde donde doña Esperanza Delgado, el pan caliente de la mañana al Hotel Plaza, para que tomara desayuno en cama Héctor "Cachito" Oróstegui Varas, natural de Vicuña, prolífico y luego protegido progenitor

del puerto; en tanto, "Catenco", tartamudo a carta cabal; "Lucilo" y "Melipilla" se oreaban fuera de la verdulería de don "Pablo Jeta". El "Rosado" Luis Alberto Herrera, papá del "Moti moti", camino de la Escuela N° 1, se lamentaba de los estragos que producía el alcohol en estos vecinos. Y "Peruco" González, aún un niño, prometía que cuando grande jamás vendería vinos y licores a sedientos clientes.

El viejo "Pascualito" entregaba ricas peras traídas en las alforjas de sus burros desde la majada de El Hueso, mientras los "Pingo Pingo" Maldonado volvían de la cordillera trayendo cueros de vicuña y alpaca, tributos de una "ecología profunda". El "Diablito" Fernández hacía finteos de boxeador tirando golpes al aire en medio de sus desvaríos e invocaba una y otra vez la memoria de Perú. Guillermo "Chambón" González trataba de entablar con él un diálogo cuerdo sin lograrlo. Rosaura "Papacho" Gallegos, Iván "Lenteja" Quezada, Hugo "Tano" Mandiola, Renato "Julio Verne" Prenafeta y su hermano el "Guatón" Néstor, preparaban en la pastelería La Selecta la próxima velada. Luis "Cochocho" Sierra Barrionuevo y Manuel "Pelón" Rojas Bugueño se ofrecían para ayudarles junto con el "Beto" Acosta. El "Mormón Huacho" prefería seguir solitario, en tanto "Tío Cachiporra", "Pichulero", Raúl "Gualín" Gallardo Aguirre y Gumercindo Pinto Núñez, alias "El Pituca", decidían darle una guerrilla a "los Tragarote", el Ermindo y el "Chiundo" de la calle Jorge Montt. El "Pepo" Campos se excusaba siempre de acompañarlos porque prefería jugar a las muñecas con su vecina Alicia Carozzi.

Tanto se identificó a Gumercindo Pinto con su alias, que en la lápida de su nicho en el cementerio aparece destacado con el nombre de "El Pituca". Otro tanto ocurre con Nelson Galvarino Belma Chinga, fallecido en un accidente, en cuya tumba se lee impreso su apodo de "Chapaleo", heredado de su padre. De su entierro se ocupó, en su momento, don Jorge "Cajón de Muerto" Aguilar, que con su hijo preparaban estos incómodos trajes para viajar a la eternidad.

¡Ay Taltal de nuestros amores!, cuando bastaba solo el nombre para identificar a una persona.

No había sino que decir "el Chino Belmor" (Rojas Iriarte) para identificar a un eterno alcalde; Ovidio (Olivares) para nombrar al dentista local; Fermín (Tabalí) para llamar al vendedor de diarios y revistas; Sócrates (Tófalos); Jorgín (Pavletic); la señorita Alondra (Rojas Barrios); Olafito (Fariña); la señorita Checa (Perucci), don Olegario (Olivares) el legendario médico; don Eusebio (Tay) proveedor de los pescadores; la Judith (Eyzaguirre Varela) y Milenko (Devic Viveros), o donde el apodo del abuelo logró pasar a los hijos y a los nietos, como es el caso de las familia de "los Pirigüines", "Los Pingüinos" o "Los Machos". Ernesto "Pirigüín" Santibáñez, querido arquero de la selección de fútbol en 1970, fue despedido con honores el día de su muerte en 2009.

Ya no están "Farolito" Baeza: el "Majo" Eduardo de Aguirre Verbal; el "Guatón" Orlando Tirado; Juan "Coreca" Olave, guardián del Sindicato Ferroviario; el poco amistoso "Chiquitín Bolita" o el "Momo" Cvitanovic y sus extravagancias. Ya se fueron Nicodemos "Tarro de Leche" Olivares, viandero de doña Bertita Ortiz. Tarros de leche fueron también los Barrales Pizarro, de los cuales Hugo Leonel, doctor en biología, dirigió más tarde el Instituto de Biología en la Universidad de Concepción. Manuel "Cara de Cueca" Rojas Pereira, pintor de brocha gorda, sin quererlo conoció Pisagua por sus ideas políticas. También hay un recuerdo para el "Guatón" Tomás Cáceres, rey del zapallo, y su pariente "Peneca", trompeta en mano embarcado en los circos. El recuerdo es también para el "Champa" Beltrán y Mario "Macocho" Úbeda, que siempre estaba tomando "serias medidas" mientras conversaba con los enfermos, para hacerle el féretro a su gusto.

Tampoco nos acompañan "Cachucho" Díaz Ossa, contratista de obras municipales y padre de una extensa prole variopinta en la que sobresalió "Pirinquito" por sus nobles virtudes democráticas y promotor de los derechos humanos; Roberto "Roby" y su querido hermano Ricardo "Dicky" Matamoros Harbottle; el "Pelado" Roberto Peña Díaz, el "Tuerto" Plinio Rearte Pizarro; Liquitay Cuevas, Marcos "Chamico" Castro; el "Chino Manchado" Pedro Wong, el pescador "Narigueta"; don Juan Ureta con su esmirriada

vestimenta llena de petróleo y la "Loca Elena" con sus perros y las leyendas que cada taltalino creyó en su derecho inventarle acerca de su pasado: mujer con dinero, madre de un médico que la olvidó, etcétera.

Dejaron este mundo el "Cojo" Olguín y su vecino de barrio, Iván "Copa" Devic Olivares; Mario "Chato Poroto" Reyes, servidor de generaciones de alumnos del Liceo; el "Pipo" Órdenes, el lechador "Pipo" José Macchiavelo y el "Pipo" Manuel Reyes León. Otro "Pipo", Gustavo Rosselot Bouey, encargado de la corporación de salitre y yodo, emigró a Santiago. En el recuerdo quedaron "Churrumpo"; Lorenzo "el Penca" Zazzali Barrios, padre de dilatada y hermosa prole; el minero-dentista Juan "Guata de Burro" Berríos, que arreglaba los dientes a sus compañeros de faena usando cartuchos vacíos de fulminantes; Arturo "Tripa" Chávez Alucema; el "Susto" Cuevas; el lustrín de zapatos y pisos Juanito "Lucilo" Fernández; "Mañihue" Osorio; el "Pelado Cereyo" Desiderio Aranda y el funcionario de aduana "Calcetín blanco", Walter Sfeir, animador de las misas en la recordada parroquia.

Siguen en la brecha, sin embargo, el "Lelo" Romero, verdadero Marco Polo de los mares; Juan "Pata de Cacho" González; José "Capitán Campaña" Suazo; "Tatun" Orellana; los "Chilla" Valenzuela, "Pitucho" Chacc; Juan "Lengue" López; "Fosforito" Orellana y su hermano "Chuluto" que perdió la vida camino de Paposó; Juan "Carlete" Bórquez; el "Chupe" Matamoros Chirinos; el "Maestro Palo" Valdivia, "Marmolín"; el maestro "Calula" Carlos Hidalgo, sepulturero de los antiguos vehículos taltalinos; Néstor "Cato" Godoy Muñoz, comediante, exbancario y proveedor de rico pan; el "Gigo" y "Pelé" Orellana, nietos de don Lolo, gran carpintero de botes, cachuchas y faluchos.

Son también frutos de esta comarca el "Corneta" Hugo Rojas Lazo y sus hermanos Mario, el "Guata", y Julio, el "Papo"; autoridad en los condominios de Paposó, la tierra de "El Lato", el "Pato Astudillo" y el "Guatón Albacora". A ellos se suman Ivar "Diablito" Flores Bravo, el "Carnicero" Alberto Rojas, el tranquilo "Pato Vinko", el otrora atlético "Polo" Misculini; Rafael "Tablerito Verde" Salfate, químico minero,

radical y ovallino; "Fragolo" Orlando Villagrán y los hermanos Zazzali Barrios: "Pepino", José "Rita" y "Titino" (Constantino), también conocido como el "Burro", exarquero del fútbol profesional y luego guardapalos de los goles de sus mineros en la precordillera de Taltal.

De "Cocó", Sergio Cortés, joven discapacitado, quedan escasos recuerdos, los mismos que de "Cara de charqui" Segundo Rojas y Juan Silva, más conocido como "Juanita la costurera" por tener a su cargo la tarea de remendar los sacos con que se despachaba el salitre. Junto al gordo y colorín Roxano Mena, gran acompañante del "Doctor" Tito Lettura Mandiola, que pasó sus últimos días como recordado profesor de ciencias de generaciones de taltalinos. Entretanto, por las noches se dejaba ver Luis "Verónica Guata de Queque" Álvarez, en su negocio del barrio rojo auspiciador del carrete, en tanto "Pajarito" Miranda, hijo de "Comín comán" arreglaba y destapaba radiadores.

Mientras Antonio "Milico" Vodanovic Gómez y su hermana "La Gringa" Daisy discutían de negocios, junto a su pescadería y frigorífico, Víctor "Titín" Carozzi Guerra, otrora escultural adolescente, descansó su pesada humanidad, hasta su muerte, tras la caja donde atesoró primero mineros y luego oceánicos ingresos. Gustavo "Pachacha" Cárcamo y "Caquilo" Flores conversaban con el risueño "Moco de Tabla"; con Horacio "Kinicia" Rendón y con "Tornillo". Hacían recuerdos del fallecido "Ensalada de anclas" Max Fairle y del activo "Flaco Lewi", Oscar Rojas Garín, quien se inició bajo la administración de "Colacho" Nicolás Tanco Toro, para luego subir en ascensor a los cielos empresariales de Feliú Justiniano, en plena dictadura. Con ánimo laboral siempre estuvo el "Buda" Henríquez Chávez, el comerciante y minero Héctor "Jacqueline" Araya, cacique del pirquén, y el colorado Hipólito "Polo" Tapia Escobar, verdadero *Dorian Gray* de Taltal y coautor de la célebre música de "Así pasan los años". Siempre su edad inconfesa ha constituido un enigma para generaciones de taltalinos.

Recuerdos especiales hay también para el "Mingo" Domingo Lorca Vidal; el lancharo Heriberto "Tani" González, "Cantalín" Neftalí Barrios y "Peladilla" Ricardo Bravo Chacc.

En Santiago *vivieron o pasan sus años* de exilio voluntario el "Coño" Juan Mediano Guzmán, dentista y valioso puntal del Club Pacífico en básquetbol, casado con Dulia "Luly" Rojas Dupuy; el "Guaty" Eduardo Esbry Oviedo, otrora basquetbolista, recaudador de impuestos y *luego* entusiasta fotógrafo; Jorge "Yipo" Ortiz Albanés; el "Guaty" Iván Devcic Viveros; Octavio "Tavo" Marín Godoy, moderna versión de "El Señor de los Anillos"; Zacarías "Cacoyo" Rojas Dupuy; los hermanos Plinio "Pinino" Aguirre y Alejandro "Pillollo" Aguirre Kemper; el "Gato" Mario Cepeda Oyanedel (que ya no sale de noche), el "Flaco" Fernando Olivos Tabilo, Gerardo "Yery" Tichauer De Lucca, David "Pocho" Santana Albanés, Mario "Huachipato" Zlosilo; el "Pilo" Plazaola Escorza y Hernán "Nancho" Alfaro Alvarado. También residen en la capital algunos médicos que llegaron en micro a Taltal con un bolso pequeño a hacer sus primeras armas sanando vidas, entre los cuales destacó Fernando Lazo, quien entre la corte de féminas del puerto recibió el cariñoso nominativo de "Fernando Lacho". La voz del pueblo es la voz de Dios.

Desde la distancia añoran la camanchaca, el congrio colorado, las añañañucas y rumbas de los cerros, Ulises "Liche" Vera Lastra (Estrasburgo, Francia), Eusebio "Cheo" Silva (Sidney, Australia), "Carlos María" Serrano y Jorge "Cacha de Pistola" Torrejón Silva, ambos en Los Angeles, California; "Rigo" Cordero Vitaglic en Belgrado. Luis "Cocho" Villalobos Lemus (*falleció* en el exilio, en Suecia, y *sus cenizas se repartieron* entre Taltal y Calama, donde fue electo alcalde) y Leonardo "Leo" Perucci Molvine en San José, Costa Rica, *consagrado como un gran profesional de las tablas*, entre muchos otros..

Extraña no encontrar muchos apodos que involucren a los vecinos conocidos como changos, tal vez descendientes de los auténticos primeros pobladores de nuestra costa. Pienso en laboriosas mujeres como doña Estefanía, doña Mercedes o doña Herminia y sus hermosas hijas, entre ellas Eliana y Corina, y a Humberto, el del andar cadencioso con su canasta de jaibas grandes y rojas; a los Gutiérrez de Cachinal o al viejo e imponente Alamiro, uno de los últimos changos que mascarón hojas de coca con una "piña"

de ceniza de copao, lo mismo que Agustín Amaya (nunca falla) y su esposa Sarita. A la vida de las familias Castillo, Gutiérrez, Díaz, González, Ortiz, Salas, Caballero, Mondaca, Morales, Espinoza y Almendares, entre otras, habrá que dedicarle un día un opúsculo aparte. Bien se lo merecen: poblaron las soledades de la costa y del desierto costero haciendo patria.

Seguramente los lectores recordarán decenas de otros apodos que no alcanzan a aparecer aquí. De la noche a la mañana me encontré con que unos tales "Cachantunes" eran prósperos mineros amantes de cualquier tipo de desmontes ajenos; que el "Chato Telo" Teulicán Rodríguez, nieto de don "Pedro Galleta" había fallecido, y que "Voy y Vuelvo" Paulino Astudillo, catador iterativo de mostos, ya no vivía en Taltal. No tuve noticias del "Moby Dick" Gustavo Aguirre, de "Tin Tan" Humeres, de Enrique "Tripa de Pollo", del exfutbolista Rosendo Quezada "El Rocha", del viejo "Chaqueta" ni de "Quinientos" Silva. Buen consejero para esta recopilación fue el locutor y bibliotecario del Liceo Mario "Matula" Gutiérrez, conocido entre sus amigos como "Volantín de cholguán" porque dicen que no se raja nunca. En el recuerdo quedó también Valentín Ríos Álamos, "cabezón Mañana", el falte callejero "Ninaniná", pariente de "Mano chica"; "Cacaruca", "Pata pelá", "Pantalón huacho" y el "Chita nana", que se autopresenta como "vulcanógrafo", toda vez que su oficio verdadero es ser vulcanizador.

Nuestra lejanía de lo cotidiano nos lleva a perder la riqueza de esta curiosa nomenclatura de la que casi nadie se escapa. Los apodos nacen con tanta rapidez que cada vuelta al terruño, al culminar un año, nos sorprende con una nueva lista que intentamos retener con atención. Unos pocos tienen duración efímera en tanto otros traspasan generaciones. Cuando niño solía escuchar decir a los carretoneros que acarreaban la cerveza desde el negocio de mi abuelo Carlos Prenafeta Julio, que él era "La Mano que Aprieta". A mí, en cambio, me conocían como "Terremoto", seguramente por ser demasiado travieso y falto de Ritalin. Para mis tíos fui, simplemente, Chejo-Chejo, y para los compañeros de juego "Arañote", tal vez por haber crecido más de la cuenta para mi edad.

Juanito "Mono" Soto Ávalos, exfuncionario de Enami y compañero de juegos en mi infancia, recordó que mi madre fue un día a comprarme zapatos a la tienda del Roby Matamoros.

–Quiero zapatos para mi niño, dijo ella.

–¿De qué números, 36 o 37?, inquirió Roby.

–No. Cuarenta y cuatro, por lo menos.

La anécdota originó otro sobrenombre a mi favor, que el Mono se encargó de recordármelo: "Zapatitos para el niño".

Este listado, que puede aparecer impertinente pero que solo apunta a ser una radiografía de nuestra convivencia en el tiempo, es solo un

atisbo de nuestra subcultura taltalina. Partí con 400 apodos que pude retener, a los que agregué otros cien gracias a la animada tertulia veraniega y colaboración de muchos amigos y amigas interesados en perfeccionar este opúsculo, lo que compromete mi gratitud. Fue entonces cuando "Gallinas flacas", uno de los miembros de la familia Hernández, junto al empresario Osvaldo "Soldadito de plomo" Chávez, me sorprendieron cuando quise saber si el exalcalde Guillermo Hidalgo tenía acuñado algún apodo. Su respuesta fue inmediata:

–A "diosito" no se le puede colocar apodo. Está estrictamente prohibido.



Figura 1. Alcides Muñoz. "Niquitute".

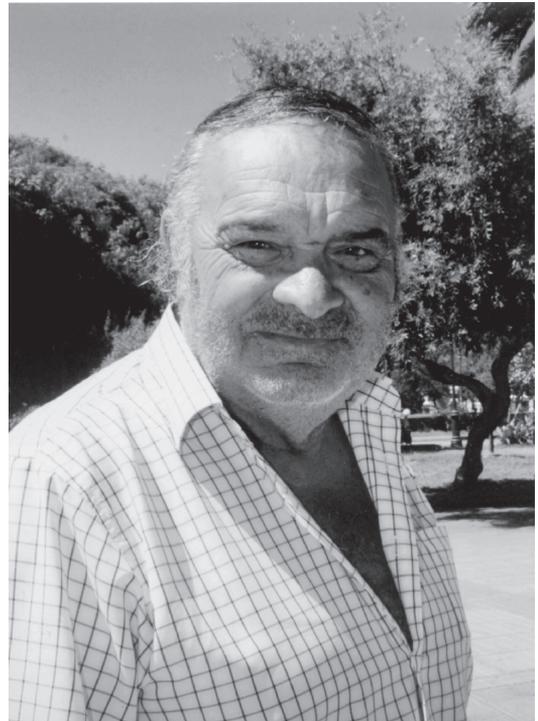


Figura 2. "Pato Terrible".



Figura 3. Juan Guerrero. "Tocoquirre".



Figura 4. Segundo Espinoza. "El Ñurdo".

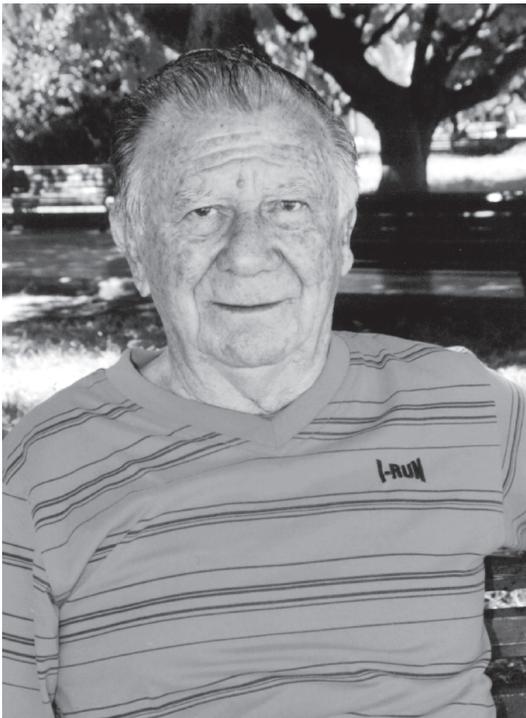


Figura 5. Rogelio Ossandón. "Chico Roger".

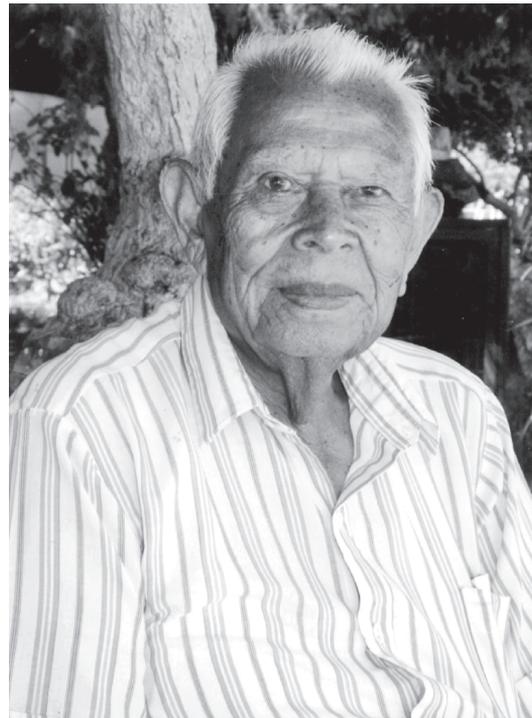


Figura 6. "Carlitos Menem" - "Cri-Cri".



Figura 7. Carlos Orellana Zuleta. "Pelé".

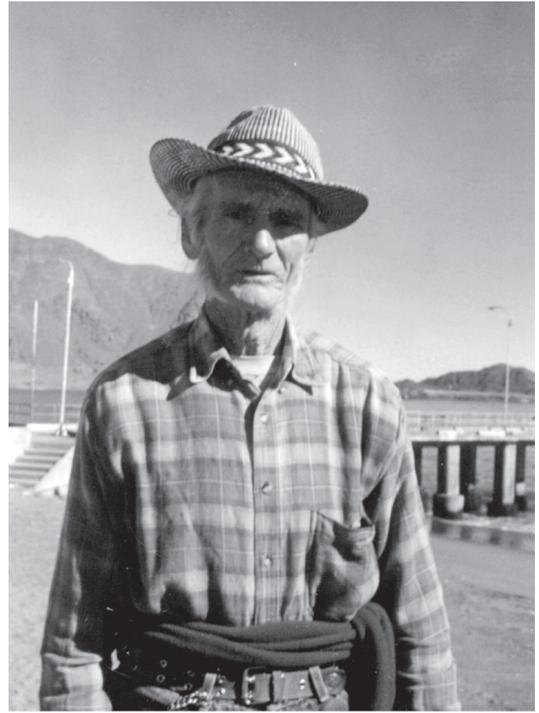


Figura 8. "Chapaleo".

